

PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Hacia el tercer milenio Los 23 en Guadalajara

a política real no coincide siempre con la que ocurre ante los ojos del público, sacada de sus discretos ámbitos por la magia de las comunicaciones instantáneas. El esplendor de una reunión de jefes de Estado y de gobierno, con la parafernalia que el turismo de ese nivel exige, no corresponde necesariamente con la sustancia de sus acuerdos y

21-JULIO-1991

la proyección hacia el futuro de sus intenciones. Tampoco por fuerza es lo contrario. La Cumbre Iberoamericana espera la prueba del ácido de los hechos; ellos pueden destruir los discursos más sonoros y hábilmente contruidos, o los convertirán en guiones para la acción.

Silenciadas las fanfarrias, vueltos a sus hogares la mayor parte de los visitantes, es claro que hubo, en los dos días de Guadalajara, política real además de la montada para el consumo público. Es un hecho que la presencia misma de quienes mandan en todos los países de habla lusohispana constituyó un logro del convocante gobierno mexicano. Claro que, junto con el deseo de obsequiar una iniciativa interesante, cada uno de los asistentes trajo en su equipaje un objetivo particular, suyo, elevado o mezquino, altruista o convenenciero, y que eso explica la plena aceptación de los invitados. La concurrencia facilitó no sólo la exposición de sus peculiares visiones del momento mundial, iberoamericano y de su propia patria, sino también encuentros, fugaces o prolongados, de improviso o bajo programa. Encuentros que en otras circunstancias habrían sido furtivos o imposibles. El escenario fue útil, igualmente, para anunciar acuerdos no surgidos de la reunión, pero que la fortalecieron, como el avance en la integración del Grupo de los Tres (Colombia, México y Venezuela, dueños de una común frontera, la caribeña), el establecimiento de relaciones de Colombia y Chile con Cuba, y la virtual reintegración de esa isla al seno de la comunidad geopolítica de que forma parte indisoluble.

La palabra de orden, la piedra de toque, el santo y seña de la Cumbre fue la integración. Cada uno a su modo, cada quien desde su propio mirador y según el carácter y la cuantía de sus intereses, todos los presentes la proclamaron como una necesidad. Trátese de la articulación de los acuerdos regionales ya existentes o en curso de negociación; trátese de iniciativas propias o surgidas desde el exterior de la comunidad allí reunida; trátese de los mercados o de los electores, todo en Guadalajara giró alrededor de una necesidad y un empeño, el de integrar de nuevo las porciones de algo que fue un todo. Y puesto que es imposible restituir las cosas al estado en que se encontraban en los siglos del coloniaje, los conferenciantes de Guadalajara se propusieron hallar el modo de hacerlo de cara al tercer milenio, 500 años después del encuentro-conquista entre los europeos y los de este lado del Atlántico.

El que haya innegable necesidad de integración no implica que haya posibilidad de realizarla. La nueva retórica, entre voluntarista e impregnada de fatalismo ("no hay más ruta que la nuestra", parece decir el neoliberalismo, plagiando el dogma de la escuela mexicana de pintura), asegura que el dilema es integrarse o morir. Hasta ahora, la integración ha sido viable en escalas reducidas, porque las economías que desean vincularse son demasiado semejantes o demasiado dispares, doble heterogeneidad que complica toda tentativa de ensamble. Avizorados los objetivos del libre comercio latinoamericano hace ya tres décadas, no fueron alcanzados, mas no sólo por insuficiencias bu-



El presidente Salinas de Gortari se despidió de su homólogo español, Felipe González, luego de la ceremonia de clausura de la Primera Cumbre Iberoamericana ■ Foto: Ap

rocráticas o ineptitud operativa. La fantasía de ensanchar los mercados, como panacea, olvida que en naciones empobrecidas la demanda interna no ha sido satisfecha, a causa de condiciones materiales y políticas que no han desaparecido en ese lapso y en muchos casos se han profundizado.

La urgencia integracionista, al mismo tiempo, genera su contrario. Los bloques ya constituidos o en vías de consolidación erigen a su vez barreras proteccionistas, para que dentro de sus fronteras todo fluya como savia enriquecedora, pero ante ellas los caudales externos de bienes y servicios encuentren diques adecuados. La globalización de la economía no es, todavía, el ideal de un solo mercado, sino la conexión de zonas integradas que compiten entre sí.

De cualquier modo, hacedera o no en el plazo corto, la integración fue formulada como una meta, como una trama que debe empezarse a tejer ahora mismo. Lo señaló como uno de los cuatro objetivos el presidente Salinas, quien propuso como otros propósitos la comunicación permanente entre los gobernantes reunidos, el libre flujo de inteligencias y la ampliación de "las coincidencias políticas que contribuyan a la transición del fin de siglo".

Una de esas coincidencias, presumiblemente ya existentes porque se propuso su ampliación, es la democratización de la política. Ese fue el otro eje de la reunión. Integrar y democratizar fueron los verbos más conjugados, las aspiraciones más invocadas, los propósitos más aplaudidos. Y en ambos casos, la referencia visual de los que hablaban o escuchaban era la figura del presidente Castro, transformado en mucho en el protagonista de la Cumbre, sea por curiosidad malsana, por su fuerza histórica, por su carisma personal, o por la lógica misma de las cosas.

El mismo expresó su voluntad de vincular a Cuba socialista a una América Latina integrada y unida. Lo dijo sin aspavientos ni tono mendicante. No formuló reproches a quienes excluyeron a la isla de la comunidad interamericana, ni imploró que se le abrieran de nuevo las puertas de esa casa. Y aunque hoy

Cuba padece escasez como jamás en las tres décadas de su revolución —pero por desgracia no toda la que va a sufrir—, Castro no trocó sus urgencias por perdones condicionados y mucho menos por claudicaciones. Terquedad, tosquedad, firmeza: llámesele como se quiera. La decisión quedó allí expresada.

No dejaba de suscitar rubor ajeno la frecuente liga Cuba-democracia. En esa materia, como se dice, todo el mundo tiene cola que le pisen. O cadáveres en el closet. En algunos casos, incluso más allá de la metáfora. Al hablarse de democratizar, nadie dirigía la mirada al general Andrés Rodríguez, presidente de Paraguay. O a los mandatarios de Guatemala o El Salvador. Quizá por respeto a su edad, nadie pensaba en Balaguer, el dominicano. Y quizá porque él y su circunstancia son muy obvios, Guillermo Endara no quedaba tampoco bajo el efecto de los reflectores cuando de democratización se trataba.

Rodríguez, consuegro del dictador Stroessner, lo derrocó al cabo de un conflicto palaciego. Y aunque se hizo elegir presidente hace dos años, subsiste la estructura dictatorial de la que él mismo fue garante y beneficiario a lo largo de las décadas de tiranía de su pariente. La insurgencia armada guatemalteca y salvadoreña es testimonio vivo —en el doble sentido de atestiguamiento y martirio— de la carencia de libertades y justicia en esos países, o al menos de la extrema dificultad para su ejercicio.

Balaguer, tres veces presidente, debutó como albacea del trujillismo, uno de los despotismos más crueles que hayan existido. Y ya no digamos nada de Endara: él es muy sincero; su sola presencia lo dice todo, pues si un director de escena quisiera montar una ópera bufa, un sainete o cualquier otro ejemplo del género chico, en que el protagonista haya nacido en una zona bananera, sea impuesto por soldados norteamericanos como presidente, tome posesión no ante su Parlamento sino en una base extranjera e insulte a quienes más tarde serán sus anfitriones, lo escogería sin vacilar un solo instante.

(Permítaseme, ahora que menciono a Guatemala, la trivialidad de contar un

episodio macondiano, un ejemplo vivo de lo real maravilloso. La historia se remonta a 1967, cuando dos jóvenes valores de la oratoria latinoamericana coincidieron en un concurso internacional y se hicieron amigos. Al paso del tiempo, uno fue elegido presidente de su país y el otro, más modestamente, de su ciudad natal, Xalapa. Este, el profesor Guillermo Zúñiga, decidió que era una monserga un federalismo que reserva en exclusiva a la autoridad federal las relaciones exteriores, y convenció a su gobernador, Dante Delgado, para que aprovechando su venida a la Cumbre tapatía, invitara a Serrano a la capital veracruzana, jamás hollada por el pie de un mandatario de tan alto coturno. No sólo eso: sin acuerdo del cabildo, decidió rendir un homenaje a su amigo, y mandó sustituir el nombre de la calle República de Guatemala, por el más largo, circunstancial y adulator de calle ingeniero Jorge Antonio Serrano Elías, presidente de la República de Guatemala. Este, desprovisto de la humildad evangélica que predica, aceptó el homenaje aunque eso significara desdoro para su propio país, y se retiró muy orondo de la cuadra donde descubrió la placa respectiva. Horas después, un enviado del ayuntamiento acudió al lugar de los hechos para informar a los vecinos, incomodados ya por la súbita modificación de la nomenclatura, que no se la tomaran en serio, puesto que en adelante la calle ostentaría su nombre tradicional. Y todos quedaron, así, contentos).

"Nadie conseguirá que la democracia por sí misma solucione los problemas, pero sin la democracia no habrá solidaridad interna ni internacional para encauzar los proyectos de desarrollo económico y social". La advertencia, dicha en el tono y la actitud de quien participa en la Cumbre con ánimo de dominarla, es de Felipe González. Su destinatario explícito parece haber sido el gobierno de Cuba. Pero puede ser endosada a otros. El nuestro entre ellos. El historiador Enrique Krauze, a quien nadie secuestrará para que "no ataque más al Presidente", como le dijeron sus captores a Raúl Cremoux, fulminó el miércoles pasado, ante el vastísimo auditorio del *Monitor* de Radio Red, una sentencia compartida por millones de personas, sobre la débil democracia mexicana.

Estamos, todavía, frente a una gran oportunidad de fortalecerla. Hoy concluye el último plazo para la entrega de credenciales de elector. Millones se quedarán sin recibirla, y eso desalienta la participación. Aparte las imposibilidades materiales insuperables, y descontada la inercia ciudadana, es claro que el aparato de distribución de las identificaciones fue entorpecido, no sabemos si sólo por insuficiencia o también por decisión política. No son muchas las señales que orientan la opinión en este último sentido, pero no faltan. Aun Acción Nacional, cuya cercanía con el poder —hasta se ha ufano de ejercer con él una suerte de cogobierno— lo lleva a cierta laxitud en sus juicios sobre el proceso electoral, le ha retirado la confianza en ese punto. Las elecciones no son toda la democracia, por supuesto.

Pero si no se asegura un 18 de agosto capaz de servir a la verdadera expresión colectiva, ¿con qué cara asistirá el presidente Salinas a la segunda cita con sus invitados de ahora?